

EL ESCLAVO MODERNO

Se duelen muchas gentes de la continúa zozobra contemporánea. El trágico ambiente de la lucha, la saturación de odio de la atmósfera social que respiramos les parece un nuevo y terrible dolor añadido al lacinante y despiadado cortejo de la existencia.

Tienen razón. Pero ese amargo e insufrible sebesalto, infiltrado ya en todos los espíritus, aún en el de los poderosos atrincherados tras de sus sacos de oro, es el castigo justo de un egoísmo feroz, no atenuado ni siquiera ante la visión de la catástrofe que se avecina. Pensaron ayer en su conveniencia: hoy en su tranquilidad; siempre en sí propios. Cerraron los accesos de su corazón al grito del dolor; miraron la iniquidad triunfante como pecado del prójimo cuando no como fatalidad necesaria, y sin perjuicio de aprovecharla, se consideraron exentos de culpa. Hoy comienza a expiarla.

Porque esa fiebre circulante por las almas es el contagio de la calentura que abrasa el subsuelo social, calentura de rebelión contra un mundo que tiene como cimientito un horrendo crimen: la esclavitud de los desposeídos, el grillete puesto perdurablemente al pie de una inmensa legión de nuestros conciudadanos. Porque el hecho fundamental del tiempo moderno es ese: que toda la estructura social contemporánea reposa, como la del mundo antiguo, sobre la esclavitud.

El obrero moderno, el proletario, es un esclavo exactamente igual a los que, arrebatados por locas y sublimes ansias de emancipación siguieron las banderas de Espártaco. No se trata de una metáfora, sino de un hecho real; ni de una similitud, sino de una absoluta igualdad de situaciones. La masa trabajadora es una masa de esclavos, decorada pomposamente con grandes nombres inútiles, tomados a la terminología del derecho público, moderna, pero idéntica a la masa esclava del mundo antiguo y a la

legión miserable arrancada por el cazador a los bosques de África.

Es corriente hablar de los tres momentos del trabajador en su ascensión hacia la libertad: *esclavo, siervo, ciudadano*. Las gentes que rehusan meditar acerca de esto, aceptan en esa trilogía que de buena fe propagaron en los tiempos del liberalismo hombres de generosas ilusiones, fascinados por una retórica brillante pero superficial. Las realidades no permiten engañarse: el proletariado moderno, sobre cuya cabeza fulgura el mote de ciudadano como un INRI escarificador, es homólogo del esclavo antiguo, en todo lo esencial, y en muchos aspectos no esenciales, inferior.

El *lock out* con que ahora castigan los patronos a los obreros, es elocuentísimo. Pone de resalto la verdadera condición del proletariado y utiliza toda la refinada crueldad de la esclavitud moderna. La contemplación de esa amarga realidad desata sobre el alma un ardiente huracán de cólera que la deseca y mata todas sus floraciones. La rebeldía obrera pone en peligro la organización presente. La sumisión proletaria; la renuncia del obrero a todo ennoblecimiento humano; su esclavitud resignada o forzosa, es el verdadero cimientito de la sociedad. ¡Y un mundo así se apellida cristiano, es bendecido por los sacerdotes y adora la cruz! ¡Y deploró un romano Pontífice que «reina en el mundo un espíritu de indisciplina»! Y ¡Cristo vino a la tierra para depositar la semilla de una rebeldía espiritual que barrera por infame la antigua civilización!

El obrero es un esclavo. Veámoslo. ¿En qué consiste esencialmente la esclavitud? El esclavo era un ser obligado a trabajar para otro, sin recompensa. Mas, para que pudiera trabajar era necesario alimentarlo y albergarlo. ¿En qué se diferencia el trabajador libre del esclavo?

El obrero moderno tiene forzosamente que trabajar para otro. ¿Cuál es su recompensa? El salario apenas le alcanza para cobijarse y alimentarse; en la organización económica presente el salario tiende inevitablemente al *mínimum* con que el obrero conciente en vivir y reproducirse. No consentir, implica emigrar o suicidarse. Pero la emigración no es la libertad, sino el cambio de dueño; lo mismo da sucumbir en una buhardilla madrileña que en una hacienda colombiana, si se tiene un amo.

La opción del obrero libre es, pues, someterse o suicidarse. Trabaja para otro un día, un año, toda la vida, y recibe apenas lo estrictamente indispensable para mal comer y guarecerse. El esclavo tenía también su rancho y su cobija. El animal de trabajo tiene también su pienso y su cuadra. La máquina tiene instalación que la resguarde y carbón que la alimente. Todos ellos son de la misma condición. ¿Es preferible la del ciudadano obrero a la del caballo del lujo? El nombre común es: *esclavo*. Pero hay entre ellos una diferencia: la esclavitud moderna, la esclavitud del obrero, es la más despiadada. La máquina, el animal, el esclavo, tienen un valor para el amo; el obrero, NO. Si el esclavo o el animal mueren, si la máquina se daña, el amo pierde; si el obrero sucumbe, cien otros hay listos a ocupar su sitio; y como no es él quien directamente mata, ni siquiera lo inquieta el remordimiento.

Si los obreros se agitan para emanciparse, los amos decretan el *lock out*. Cierta duración de éste, es el castigo: una mayor duración, es la muerte. Equivale a que los amos encerraran a sus esclavos condeándolos al hambre. Los obreros pueden vagar por la ciudad, pero no pueden comer; tienen el *derecho* del sufragio, pero los arrojan de sus casas cuando no las pagan. Su única defensa es el miedo que inspiran; lo mismo ocurría con los esclavos. Espártaco y los suyos se organizaron y rebelaron; hubo una guerra civil, al principio victoriosa. Finalmente, Craso los aniquiló. Y para escarmiento de

rebeldías, fueron levantados diez mil patibulos. El odio de clases es siempre feroz.

Esos obreros despedidos por sus patronos, ¿qué son sino esclavos arrojados por sus amos a una isla desierta? ¿En qué aventajan a los esclavos? Apenas poseen un mísero peculio, en breve consumido; disponen tal vez de algunos fondos comunes: no pueden trabajar para sí mismos: todo como los esclavos. Sobre éstos tienen una *libertad*, conquistada en cruentas luchas, *escrita* en la Constitución; unos *derechos* políticos *escritos* en la Constitución. Está bien: ¿qué pueden hacer esos obreros despedidos, con su *libertad* y sus *derechos*? Tienen la libertad de morir. Y eso no estorbandando mucho. Porque si no, hasta de esa opción entre los medios de suicidio les privaría la fuerza pública. No hay que olvidar que tras la silueta del capataz se dibuja siempre el tricordio del guardia civil.

¡Obreros! ¡Esclavos! ¡Lo mismo da! Ayer la esclavitud era una cadena al pie. Hoy es una jaula. Ahí está la diferencia. Y esa jaula se ha forjado con la propiedad privada de la tierra. Sin tierra no se puede vivir. El dueño de la tierra es el amo: el que no tiene sino sus brazos, es esclavo; los demás son liberos o negreros vestidos de carnaval.

BALDOMERO ARGENTE.

El Comunismo EN CALI

Pedro Pablo Idrobo, situado en el local número 19 entre calles 6 y 7 carrera 13, vende constantemente ataúdes.

Julio César Mazuera Ayala

MEDICO CLINICO

Graduado en el Instituto Hahnemann y Licenciado por la Junta creada por la ley 67 de 1920—Especialista en enfermedades de los NIÑOS— Tratamiento científico de las enfermedades crónicas y rebeldes— Certificados de curaciones a disposición de quien las solicite—Drogas Alemanas, las mejores marcas.


PRECIOS MODICOS—Consultorio: Carrera 3ª con Calle 18 N° 175

CAFE PURO

Declarado fuera de concurso por las personas de buen gusto que han tenido la fortuna de probarlo. Quien una vez lo toma, lo pide siempre. De venta en todas partes. Fábrica: carrera 5ª N° 310, Teléfono número 400.

EN TODAS LAS CIRCUNSTANCIAS DE LA VIDA

En Sociedad 23



TOME SIEMPRE POPULAR LA BEBIDA SIN IGUAL